



EL CEMENTERIO DE DOLORES

Fotografía: Diego Araya

La ciudad de Dolores, a 200 kilómetros de Buenos Aires por la Autovía 2, tiene un cementerio digno de ser visitado tanto por sus ilustres huéspedes a perpetuidad como por la belleza de su arquitectura. Pero antes es necesario que los propios dolorenses conozcan el valor patrimonial de este espacio público pues, de lo contrario, la degradación natural o el vandalismo producirán daños irreparables.

El cementerio está ubicado a la entrada de la ciudad, inmediatamente después del arco que recibe al turista. Su origen se remonta a 1880, año en que fue trasladado a su emplazamiento actual debido a la epidemia de cólera que asoló a la población en 1868.

Sin dudas es una parte insustituible de la cultura local, no sólo por el conjunto de construcciones bellas o reliquias arquitectónicas y estatuarias, sino porque es allí donde están albergados sus antepasados, por lo tanto, se trata de una cita elocuente con la historia local. Sus callejuelas, sus edificios, sus estatuas son huellas objetivadas que vinculan a los visitantes con el pasado, que testimonian las epopeyas anónimas de aquellos hombres que ayudaron a construir la biografía de Dolores.

En efecto, la necrópolis es una reducción simbólica de la ciudad y como ella, también es una construcción histórica. En su traza urbana es posible leer los rastros de la riqueza, la pobreza, los conflictos, las creencias, la fe o los miedos de las generaciones que nos han precedido. A través de los cementerios y de los rituales asociados a la muerte es posible desentrañar espacios de ruptura y conflictos que subsisten en la ciudad de los vivos.

VERÓNICA MEO LAOS

Periodista y docente. Posgraduada en Sociología y Ciencia Política. Diploma en Gestión Cultural, Turismo y Patrimonio. Beca Nacional en Letras por el Fondo Nacional de las Artes, 2004 y 2009. Buenos Aires, Argentina

El cementerio local no escapa a tales tensiones. En rigor, al ser de base higienista, en sus construcciones se destacan el art decó, el art nouveau y el neoclásico, estilos arquitectónicos que nos hablan de la ideología de los propietarios de las bóvedas situadas en la sección “U” que comprende el grupo arquitectónico funerario más importante y más antiguo.

A ambos lados de la calle principal están emplazadas las bóvedas de políticos de renombre, funcionarios y comerciantes prósperos, entre los cuales sobresale la de los Luro, familiares de aquel pionero vasco que amasó una fortuna y que fue uno de los fundadores de Mar del Plata; o la de los López Flores, parientes políticos de Juan Vucetich, una acaudalada familia de artistas y benefactores. Los propietarios de esas bóvedas fueron los responsables de la cruzada modernizadora de la ciudad a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

La defensa del espacio funerario analizado implica la conservación de un espacio que representa un concepto de urbanismo que, en la ciudad de los vivos, tiende a ser reemplazado por construcciones más

actuales pero que, en la ciudad de los muertos –por ahora– permanece intacta.

La deuda pendiente que los dolorenses tienen por delante es comprender que su cementerio es un sitio patrimonial de gran significación. Ello permitirá revalorizarlo y pensarlo como un museo al aire libre como ya lo han hecho otras ciudades de nuestro país y del mundo.

Redescubrir la belleza detrás de la revolución o la congoja permitirá hacer del cementerio patrimonial de Dolores un lugar que merece ser visitado y que podría ser incluido en un circuito turístico alternativo. ■

